



El presbítero y la eucaristía en la unidad del espíritu santo

Fernando VALERA SÁNCHEZ
Instituto Teológico San Fulgencio

Resumen: Este artículo trata de mostrar que el presbítero es epifanía pneumatológico eclesial por el don del Espíritu Santo conferido por la imposición de manos, y que la Eucaristía es epifanía pneumatológica transformante por la acción del mismo Espíritu sobre el pan y el vino presentes en la mesa del altar.

Palabras claves: *Espiritualidad sacerdotal, Espíritu Santo, Eucaristía.*

Abstract: This article tries to show that the presbyter is a pneumathological-ecclesial epiphany because of the gift of the Holy Spirit conferred to him by the imposition of hands and that the Eucharist is a pneumathological-transforming epiphany because of the action of the same Spirit over the bread and wine present on the altar table.

Key words: *Priestly spirituality, Holy Spirit, Eucharist.*

La efusión del don del Espíritu Santo por la imposición de manos supone una transformación ontológica en el ordenando. Este don del Espíritu viene sobre el presbítero en la invocación orante de la celebración sacramental (epiclesis transformante ontológica). Esta acción del Espíritu Santo se convierte en fecundidad «ad extra» que convierte el ministerio en fuente de santificación por la presidencia de los sacramentos, en especial el sacramento de la Eucaristía.

Así veremos en este trabajo como el presbítero es epifanía pneumatológico eclesial por el don del Espíritu Santo conferido por la imposición de manos, y como la Eucaristía es epifanía pneumatológica transformante por la acción del mismo Espíritu sobre el pan y el vino presentes en la mesa del altar: «Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo nuestro Señor, reitero que la Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella»¹.

1 JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*. La Iglesia vive de la Eucaristía, San Pablo, Madrid 2003, 32.

1. EL PRESBITERO EPIFANIA PNEUMATOLÓGICO ECLESIAL

El Espíritu Santo es el don de Dios mismo en la vida del presbítero, conferido en una realidad sacramental que afecta a toda la existencia del sacerdote: «La santidad conferida por los sacramentos afecta a todas las dimensiones de la existencia de los cristianos, iluminando su mirada respecto a la realidad social que les circunda y estimulando sus deseos de hacer el bien y evitar el mal que amenaza o destruye esta realidad»².

El sacramento vivido y celebrado en la liturgia, tiene carácter de signo³ y símbolo⁴, y como tal el Espíritu es «transcreador»⁵.

El don del Espíritu Santo se confiere en un sacramento peculiar⁶ que en su estructura tiene como culmen la «imposición de manos» y la «oración consecratoria». Este don habilita al presbítero a presidir «in persona Christi» los sacramentos, de una forma especial la Eucaristía.

1.1. El sacramento del orden: epiclesis transformante ontológica

El sacramento del orden es conferido por la imposición de manos y la oración consecratoria que inmediatamente le sigue.

La imposición de manos supone una efusión del don del Espíritu Santo que lleva en sí misma una transformación ontológica del ordenando en vistas a la consagración y misión.

2 ROSATO, P. J., *Teología de los sacramentos*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1994, 12.

3 Son signos de Jesús y son hechos prefigurativos de nuevas realidades: «Algunos exegetas contemporáneos (se refieren) al paralelismo entre la índole de los gestos rituales realizados por los profetas de Israel y los del Jesús histórico. Tales hechos prefigurativos, llamados en hebreo *ôl*, poseen ciertas características: fueron extraordinarios a los ojos de los interlocutores de los profetas, eran aptos para la comunidad entre ellos, eran provocadores de su conversión moral y anticipadores de su relación futura con Dios. Jesús... se identificó con ellos y los llevó a un cumplimiento único en la historia sobre el calvario. Los gestos litúrgicos de la Iglesia, situados en el tiempo entre la primera y la última venida de Jesucristo, representan la fase intermedia de sus hechos proféticos y se hallan orientados hacia su cumplimiento final en el *eschaton*». Ib. 10.

4 «El símbolo, dirá K. Rahner, contiene y expresa el dinamismo de todo el ser, ya que el ser es totalmente simbólico»: DIANICH, S., *Teología del ministerio ordenado*. Una interpretación eclesiológica, Paulinas, Madrid 1988, 200.

5 «Nos referimos así pues... al Espíritu como Transcreador que conduce la historia humana hacia la segunda venida del Hijo-Recreador, y hacia el honor y la gloria del Padre-Creador»: ROSATO, *Teología de los sacramentos*, 11.

6 La teología del ministerio pone el origen y el lugar del «sacramentum ordinis» en la afirmación fundamental del Vaticano II que dice que: «la plenitud del sacramentum ordinis está en (el ministerio del) obispo. Dicho de otro modo: El sacramentum ordinis confiere en una unidad originaria y sacramental el poder de orden y de jurisdicción»: FREYTAG, J., Envío sacramental. Don y tarea del sacramentum ordinis, *Seminarios*, 42 (1996), 455. La afirmación del Vaticano II es: «Enseña, pues, este santo Sínodo que en la consagración episcopal se confiere la plenitud del sacramento del orden, llamada, en la práctica litúrgica de la Iglesia y en la enseñanza de los Santos Padres, sumo sacerdocio, cumbre del ministerio sagrado. La consagración episcopal, junto con el oficio de santificar, confiere también los oficios de enseñar y de regir, los cuales, sin embargo, por su naturaleza no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la cabeza y los miembros del colegio»: *Lumen Gentium*, 21. La misma doctrina reaparece en el decreto *Presbyterorum ordinis*. En el proemio, ya se la encuentra formulada con estas palabras: «Los presbíteros, por la ordenación sagrada y por la misión que reciben de los obispos, son promovidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan». Así se insiste en los números 2, 5 y 12. «Jesucristo con la elección y la misión de los Apóstoles instituyó un sacramento único, al cual hay que llamar ministerio apostólico y del cual participan, cada uno a su modo, el episcopado y el presbiterado»: ARNAU, R., *Orden y ministerios*, BAC, Madrid 1995, 188. «PO utilise la même expression (l'onction dont l'Esprit) mais, cette fois, afin de dégager les justifications christologique du sacrement de tout le Corp mystique»: PARENT, R., *Prêtres et Évêques. Le service de la présidence ecclésiale*, Paulines-Cerf, Montreal-Paris, 1992, 61.

El Espíritu Santo conferido por la imposición de manos que no tiene en la concepción teológica tradicional «fecundidad» en el seno de la divinidad, se hace fecundidad hacia fuera. La celebración del «sacramento del orden», por tanto, es una epiclesis transformante ontológica: «Efectivamente, nuestra fe nos revela la presencia operante del Espíritu de Cristo en nuestro ser, en nuestro actuar y en nuestro vivir, tal como lo ha configurado, capacitado y plasmado el sacramento del orden»⁷.

La oración consecratoria en la nueva edición del ritual de órdenes⁸, conlleva una triple interpolación relativa al Espíritu, que se realiza en las tres secciones diferentes de la plegaria de ordenación de los presbíteros, que recibe así una carga pneumatológica considerable. Las tres secciones atribuyen al Espíritu Santo un papel activo en tres momentos distintos que tienen que ver directamente con los ministerios ordenados: En primer lugar, se recupera un concepto tradicional en la conclusión que se ha dado a la primera invocación que abre la plegaria y que ve la fuerza del Espíritu suscitando los diversos ministerios de la Iglesia. En segundo lugar, la interpolación de la parte anamnética, el sacrificio sin mancha, que constituye el corazón del sacerdocio de Cristo (y, por tanto, también del sacerdocio de los ministros) fue posible en virtud del Espíritu Santo. Finalmente, es la gracia del Espíritu Santo la que hace que por la predicación de los presbíteros, fructifiquen en el corazón de los hombres las palabras del Evangelio, según se dice ahora en la sección epiclesíca⁹.

1.2. Dinamismo trinitario de la oración consecratoria

La liturgia es el lugar privilegiado del ministerio trinitario. Nuestra fe cristiana es una fe trinitaria. Una fe que se celebra, se expresa y se comprende a través de la liturgia. Ésta tiene en sí misma una capacidad metodológica de primera importancia para la inteligencia del misterio trinitario. De tal forma que se puede afirmar que la liturgia, por la celebración del misterio divino, constituye el «locus» privilegiado entre la immanencia y la transcendencia¹⁰. De esta estructura trinitaria participa la vida del presbítero:

«El Espíritu del Padre que se da por el Hijo a todos los que creen en él. Es como agua viva que mana del costado abierto del Crucificado, como fuente vivificante que salta hasta la vida eterna y apaga en nosotros la sed de eternidad. Nos hace decir ¡Abba Padre! Se nos da ... en la imposición de manos. Significa la venida del Dios Trino. Nos hace participar en el amor, la verdad y la libertad de Dios. Nos hacemos en Él,

7 JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Postsinodal Pastores dabo vobis de su Santidad Juan Pablo II al Episcopado, al clero y a los fieles, sobre la Formación de los Sacerdotes en la situación actual*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1992, 33.

8 COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Pontifical Romano*. Reformado por mandato del Concilio Vaticano II. Promulgado por su Santidad el Papa Pablo VI y revisado por su Santidad el Papa Juan Pablo II. Aprobado por la Conferencia Episcopal Española y confirmado por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Ordenación del Obispo, de los presbíteros y de los diáconos. Coeditores Litúrgicos, Barcelona 1998.

9 Cf. FEDERICI, T., Per una teologia biblico-liturgica sul sacerdocio, *Revista Liturgica*, 83 (1996), 345-368; OÑATIBIA, I., La identidad del ministerio ordenado. Segunda edición del Ritual de Órdenes, *Phase*, 31 (1991), 465-466; PIE, S., La plegaria de ordenación de los presbíteros. Nueva Edición del Ritual, *Phase*, 31 (1991), 471-490.

10 Cf. TRIACCA, A. M., La structure trinitaria del «Preces Eucharisticae» dans la liturgia ambrosienne (Hier et aujourd'hui), En PISTORLA, A.-TRACCA, A. M., (eds), *Trinité et Liturgia*, LAS, Roma 1984, 301-385; TRIACCA, A. M., Spiritualità presbiterale: interazione tra la «lex credendi -lex orandi- lex vivendi», *Seminarium*, 35 (1995), 262-277.

uno, unos con otros. En Él esperamos. Por Él somos ungidos y sellados. Gime en nosotros y con nosotros con gemidos inenarrables y procura el acceso al Padre y la seguridad de su venida eterna»¹¹.

Esta experiencia trinitaria está recogida no sólo en los ritos sino también en la eucología litúrgica¹². Su culmen es la oración de ordenación, donde su estructura trinitaria revela una teología trinitarioeconómica, es decir, la manifestación o despliegue de toda la Trinidad en la Historia de la Salvación.

1.3. Dinamismo pneumatológico del sacramento del orden

En la oración de consagración del rito de ordenación, el Espíritu Santo, aparece mencionado en las partes que la constituyen. El Espíritu es considerado como sujeto de una fuerza, de una gracia, de una fuente dinámica y vitalizadora a través de la cual se realiza algo. Dios constituye ministros de Cristo por la fuerza del Espíritu Santo, sin el cual no puede realizarse la obra de la salvación. Es la presencia divina dinamizadora que fortalece al presbítero con su fuerza para realizar su ministerio.

La experiencia espiritual de los elementos litúrgicos son «locus» donde el Espíritu Santo es sentido como aspecto fundamental de la vida espiritual de los presbíteros es una realidad fundamental para la existencia sacerdotal. Esta dinámica pneumatológica, exige recuperar con toda su fuerza la llamada a la santidad que supone el sacramento del orden sacerdotal.

En la parte central de la oración está la expresión «Renueva en su corazón el Espíritu de Santidad», cuando el obispo, al proclamar la Epiclesis, pide el don del Espíritu Santo para el nuevo candidato. Expresión que es la consecuencia de dos versículos del Salmo 50: «Crea en mí, Dios, un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro ni me quites tu santo espíritu»¹³. El salmista pide a Dios una nueva creación del corazón, de su interior destruido por el pecado. Considera el corazón como el centro del ser humano. El hombre necesita la acción creadora de Dios. Por eso, después de pedir la creación de un corazón puro pide un espíritu firme, santo, generoso¹⁴. El espíritu de santidad hace que la vida del hombre sea un proceso de santidad que garantiza la comunión del hombre con Dios¹⁵.

11 RAHNER, K., *Experiencia del Espíritu*, Narcea, Madrid 1978, 15-16.

12 «Por la ordenación sagrada se confiere a los presbíteros aquel sacramento que mediante la unción del Espíritu Santo, marca a los sacerdotes con un carácter especial. Así están identificados con Cristo Sacerdote, de tal manera que pueden actuar como representantes de Cristo Cabeza» (Presbyterorum ordinis, 2); COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Pontifical Romano*, praenotanda 101.

13 Salmo 50, 12-13.

14 El estudio exegético del texto, Schökel insiste en los elementos «Espíritu creador» y «Espíritu profético»: SCHÖKEL, A.,-CARNITI, C., *Salmos I*. (Salmos 1-72). Traducción, introducciones y comentario, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1994, 728. Kraus hace resaltar que «nueva creación» es referido en este texto solo a Dios y solo para su acción: «Tan solo la acción libre y creadora de Dios es capaz de renovar el interior de la persona»: KRAUS, H.-J., *Los Salmos I*. Salmos 1-59, Sígueme, Salamanca, 1993, 769.

15 El tema del corazón y del espíritu de este Salmo está en estrecha conexión con el tema de la nueva alianza en los profetas Jeremías y Ezequiel: En Jer 31, 31-34, el profeta habla de la nueva alianza que consiste en la interiorización de la religión. Lo que era ley externa se convierte en un don de Dios inscrito en el corazón nuevo de los creyentes. Por otro lado, Ez 36, 25-28, habla de espíritu y corazón como principio de renovación interior y arrepentimiento del corazón que hace al hombre capaz de observar la ley de Dios.

El Espíritu que se pide es un don de Dios que renueva el interior del nuevo candidato al presbiterado. Es un don de Dios porque procede de Dios Padre y es Él quien lo infunde sobre el ordenando a través del Espíritu Santo. La historia de la salvación tiene su origen en la iniciativa del Padre, se hace presente en la obra del Hijo, Jesucristo, y se perfecciona (consume, en el sentido dado a este verbo en la carta a los Hebreos y en el capítulo diecisiete del Evangelio de Juan) en la intervención del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es un don personal y permanente que se da al presbítero¹⁶, el cual ya había recibido anteriormente el Espíritu en el Bautismo y en la confirmación por el que participa del sacerdocio de Cristo. Ahora lo recibe para participar del sacerdocio ministerial de Cristo Cabeza mediante el presbiterado¹⁷. El Espíritu Santo es invocado y dado en plenitud al presbítero con el objetivo de santificar su vida. La oración de ordenación hace al presbítero hombre del Espíritu¹⁸. En el dinamismo pneumatológico de la oración de consagración podemos decir que la sacramentalidad del ministerio es el rasgo específico del presbítero¹⁹. Esta se funda en el nuevo Pentecostés que se realiza en la ordenación presbiteral²⁰ y en la plenitud del Espíritu Santo recibido²¹.

El don del Espíritu Santo convierte en «carisma» la capacitación para realizar las acciones sacramentales y la misión ministerial encomendada al presbítero:

«La verdad del presbítero, tal como emerge de la palabra de Dios, o sea, Jesucristo mismo y su plan constitutivo de la Iglesia, es cantada con agradecimiento por la liturgia en el prefacio de la misa crismal: «Constituiste a tu único Hijo pontífice de la Alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo, y determinaste, en tu designio salvífico, perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio. Él no sólo ha conferido el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, ha elegido a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, y preparan a tus hijos el banquete pascual, donde el pueblo santo se

16 En la oración que precede a la imposición de manos y en la oración de ordenación se pide a Dios que «derrame sobre este siervo tu Espíritu Santo y la gracia sacerdotal»: COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Pontifical romano*.

17 «Lo Spirito, nel centro Della preghiera di consacrazione, viene dunque invocato e donato per creare nei candidati la realtà di «presbiteri», di anziani per dar loro el «sacerdozio di secondo grado» constituendoli dei vescovi nel triplice compito di governare la comunità cristiana, di offerire il culto a Dio e di celebrare i sacramenti, di annunciare l'«Evangelio»: FERRARO, G., *La preghiera di ordinazione al Diaconato, al Presbiterato, e all'Episcopato*, Napoli, 1977, 128.

18 Cf. JOUNEL, P., *La nouvelle édition typique du rituel des ordinations*, *La maison Dieu*, (1991), 18-22.

19 Cf. *Presbyterorum ordinis*, 2, *Lumen gentium*, 21.

20 «La materia del sacramento dell'ordine è costituita dell'imposizione delle mani, che significa l'invocazione di parte della Chiesa del dono dello Spirito sull'ordinando: è un «segno gesto», che, per la sua relativa genericità, risulta identico per i tre gradi dell'ordinazione ministeriale. La forma o «segno parola» del sacramento, indissociabile dalla materia, è la specifica preghiera consacratoria che domanda l'effusione dello Spirito Santo e dei suoi doni in rapporto al ministero per il quale ogni candidato viene ordinato»: FAVALE, A., *I presbiteri. Identità, missione, spiritualità e formazioni permanenti*, Elledici, Torino 1999, 78.

21 En Pentecostés se recibe la plenitud del Espíritu Santo como fruto de la resurrección para construir la Iglesia y los ministerios. Cf. ODASSO, G., *La Pentecoste pienezza dello Spirito Santo*, en AA.VV., *Per opera dello Spirito Santo. Lo Spirito Santo nella liturgia*. XLIX. Settimana Liturgica Nazionale, Piuggi, 24-28 agosto 1998, C.L.V. Edizione Liturgica, Roma 1999, 43-59.

reúne en tu amor, se alimenta de tu palabra y se fortalece con tus sacramentos. Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y así dan testimonio de fidelidad y amor»²².

2. LA EUCARISTÍA EPIFANÍA PNEUMATOLÓGICA TRANSFORMANTE

Se celebra «en el Espíritu Santo» al igual que se cree «en el Espíritu Santo». La celebración es el ejercicio del sacerdocio de Cristo en la liturgia y se da por tanto la presencia y la acción del Espíritu como se dio en el sacerdocio que Jesús ejerció en su vida y su misión. En la liturgia se actualiza el misterio pascual y se comunica la salvación. El Espíritu Santo en la presidencia de los sacramentos, y en especial de la Eucaristía, habla, «sea en lugar del Padre, que está en el origen de la celebración, sea en lugar del Señor Jesús que está amalgamado a la celebración y allí se encuentra presente con los participantes, justo en virtud del sagrado Penuma»²³. Vemaos, pues, como el Espíritu Santo está tanto en la presidencia de los sacramentos y de un modo especial en el de la Eucaristía.

2.1. El Espíritu Santo en la presidencia de los sacramentos

El Espíritu Santo es quien hace de la celebración cristiana un acontecimiento de salvación. Él no sólo está inscrito en ella, sino que, además es su alma y la esencia que le imprime su valor²⁴. El presbítero como representación sacramental de Jesucristo participa de esta esencialidad del Espíritu Santo, tanto por la sacramentalidad de su ministerio como por la misma representación:

«Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y pastor, proclama con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y al Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu»²⁵.

El que preside la celebración pneumatológicamente tiene que ser el polarizador y el catalizador de la acción del Espíritu Santo en beneficio de aquellos que participan. Tal como de Cristo Cabeza desciende el Espíritu Santo, así de ellos se pretende una sintonía mayor con el Espíritu y una capacidad de acción espiritualizadora con relación a la asamblea. El ser persona espiritual (un plus del «carácter indeleble») es de capital importancia para vivificar una asamblea litúrgica. Así lo han de sentir los presbíteros, insistiendo una y otra vez, en que el Espíritu tiene en lo referente a la liturgia una acción peculiar, que une como elemento primario, con todo lo que tiene que ver con una espiritualidad más viva. Esto hace que el que preside tenga una sintonía mayor

22 *Pastores dabo vobis*, 15.

23 TRIACCA, A., La celebrazione liturgica, epifania dello Spirito Santo, en AA.VV., *Per opera dello Spirito Santo*, Edizione Liturgica, Roma 1999, 61.

24 «Nella celebrazione liturgica cristiana è iscritto il DNA dello Spirito Santo, dunque tutto il programma genetico e la sua vitalità»: TRIACCA, *La celebrazione liturgica*, 61.

25 *Pastores dabo vobis*, 39.

con la asamblea, ungida por el Espíritu Santo en el bautismo. Así la celebración ha de llevar a todos a despertar las energías dormidas e incluso a dar nuevas energías. Este es el «carisma» del que hablamos cuando decimos que el sacramento del orden es tal, una carisma que no debe faltar absolutamente a quien preside. Es esa unidad antropológica y ontológica que lleva en sí el don del Espíritu Santo: vida, gestos, secuencias rituales, elementos teológicos y dinamismo del Espíritu comportan siempre una novedad absoluta en su ser y en su devenir como crecimiento (auxología espiritual litúrgica), en cada fiel y en el presidente de la celebración, respecto de la capacidad de acogida del Espíritu Santo allí presente y actuante, como bien decía Cirilo de Alejandría: «Habiendo recibido un único y mismo Espíritu Santo, somos en un cierto modo unidos sea entre nosotros, sea con Dios (...) El Espíritu Santo reconduce a la unidad consigo y a la unidad mutua a todos los que participan de Él»²⁶.

En la diferencia esencial y de grado del sacerdocio bautismal y ministerial se da una íntima comunión que vivifica ambos aspectos de un mismo sacerdocio:

«El sacerdocio ministerial, conferido por el sacramento del Orden, y el sacerdocio común o «real» de los fieles, aunque diferentes esencialmente entre sí y no sólo en grado, están recíprocamente coordinados, derivando ambos —de manera diversa— del único sacerdocio de Cristo. En efecto, el sacerdocio ministerial no significa de por sí un mayor grado de santidad respecto al sacerdocio común de los fieles; pero, por medio de él, los presbíteros reciben de Cristo en el Espíritu un don particular, para que puedan ayudar al Pueblo de Dios a ejercitar con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido»²⁷.

En la celebración sacramental Cristo el ungido por excelencia con el Espíritu Santo, lo trae consigo, de tal manera que la celebración es epifanía tanto del Espíritu como de Cristo. Quien acoge a Cristo lo hace porque antes ha acogido a su Espíritu. Quien acoge a Cristo Verdad, ha vivido ya en el Espíritu de la Verdad. De hecho, el presbítero nacido al ministerio por el Espíritu, adquiere la libertad propia del Espíritu. La celebración está dirigida a dar la vida en Cristo Jesús, que es libertad. La participación, siempre mayor, en la vida de Cristo, comporta el don del Espíritu de vida²⁸. Por eso la celebración sacramental es el «locus» por excelencia donde el Padre y el Hijo actúan en el Espíritu:

«Esta nueva vida de Cristo por obra del Espíritu Santo y su constante presencia y acción en la vida espiritual, se realizan en la realidad sacramental. En ella Cristo, que se ha ido en su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como cuerpo suyo. En cuanto tal, la Iglesia vive, actúa y crece «hasta el final del mundo». Todo esto acontece por obra del Espíritu Santo»²⁹.

26 CIRILUS ALEXANDRINUS, *Comentarium in Johannem (continuatio)*, 11,11, en MIGNE, *Patrologia Graeco-Latine*, 44, Morell, Paris, 1863, 559-562.

27 *Pastores dabo vobis*, 17.

28 Cf. CASTELLANOS, J., *Entre Cristo y el Espíritu. Las dos manos del Padre y su acción conjunta en la liturgia*, *Phase*, 38 (1998), 17-22.

29 *Dominum et vivificantem*, 61.

El presbítero preside cada celebración actuando «in persona Christi», dando en el Espíritu una tonalidad pneumato-epifánica propia a cada celebración. El Espíritu Santo, don del Padre y del (por el) Hijo, se da en la celebración mientras Él mismo es donado. Él es el acogido en la celebración, porque por parte de Dios es el Don y, por parte del hombre es el acogido. Esta secuencia es propia de cada sacramento que el presbítero preside en nombre de Cristo por el Espíritu:

«De los diversos Sacramentos y, en particular, de la gracia específica y propia de cada uno de ellos, la vida espiritual del presbítero recibe unas connotaciones particulares. En efecto, se estructura y es plasmada por las múltiples características y exigencias de los diversos Sacramentos celebrados y vividos»³⁰.

Por tanto, en el bautismo, el Espíritu Santo empuja hacia Cristo, sumerge a la persona en Cristo, es un principio ontológico que cambia lo constitutivo del sujeto humano para hacer una subjetividad donde transcendencia e inmanencia se unen en un único devenir de cristificación en el agua y el Espíritu Santo. La confirmación es el despliegue de las potencialidades del don del Espíritu Santo; la persona se hace capaz de una acogida mayor del Don en la propia vida para el servicio y testimonio en la Iglesia y en el mundo. La Eucaristía es un nuevo Pentecostés, el Espíritu se derrama sobre personas y cosas, sobre la Iglesia y el cosmos; es epifanía pneumatológica transformante del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo para la salvación del hombre. La penitencia es la epifanía pneumatológico-renovadora donde se hace presente la misericordia del Padre en Cristo por el Espíritu. La unción de enfermos es una epifanía pneumatológica existencial de Cristo que sufre; la persona unida a Cristo sufriente para completar lo que falta a la pasión de Cristo, para que el sufrimiento continúe siendo redentor por la fuerza del Espíritu. El orden sacerdotal es epifanía pneumatológico-ecclesial para que la persona sirva a la Iglesia y al mundo «in persona Christi» por el don del Espíritu por la imposición de las manos y la oración consecratoria. En el matrimonio se realiza una epifanía pneumatológico-nupcial como instauración de la Iglesia doméstica que es la familia.

2.2. El Espíritu Santo en la presidencia de la Eucaristía

Si hay una dimensión pneumatológica que resalta de un modo especial en la celebración de los sacramentos, ésta es la Eucaristía:

«También para el sacerdote el lugar verdaderamente central, tanto de su ministerio como de su vida espiritual, es la Eucaristía, porque en ella, se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo, que mediante su carne, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da la vida a los hombres»³¹.

La presencia y el don del Espíritu Santo están ligados al misterio pascual de Jesucristo, es decir, a la muerte, resurrección y ascensión del Señor a los cielos en cuanto acontecimientos

30 *Pastores dabo vobis*, 26.

31 *Pastores dabo vobis*, 26.

conmemorados y presencializados (representados *in mysterio*) en la liturgia y la presidencia de los sacramentos. Este misterio es conmemorado como fuente y culmen en la Eucaristía³²:

«La expresión sacramental más completa de la partida de Cristo por medio del misterio de la Cruz y Resurrección es la Eucaristía. En ella se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el Sacrificio y en la Comunión. Se realiza por obra del Espíritu Santo, dentro de su propia misión»³³.

El Espíritu Santo es el don con el cual Cristo ha colmado a la Iglesia entregándose a sí mismo por ella para santificarla y unirla a sí como cuerpo suyo³⁴. La vida y la santidad del Cuerpo de Cristo es, ontológicamente hablando, la vida y la santidad divina que está en el Padre y en el Hijo (Cf. Jn 5, 26), y que en el misterio pascual, mediante Jesucristo y la acción del Espíritu Santo, introduce al hombre en una nueva filiación y divinización que hace consortes de Dios (cf. 2 Pe 1, 4): «Allí donde la cristología es entendida pneumatológicamente y trinitariamente y, al mismo tiempo, eclesialmente, surge el paso a la espiritualidad, a la pregunta por la fe vivida totalmente desde sí misma»³⁵. Del misterio y del núcleo de la Trinidad immanente recibimos esos dones que nos acercan a Dios y a los hombres, es decir, la Trinidad se exterioriza como misterio de salvación. El don del Espíritu Santo recibido en la ordenación sacerdotal, es quien tiene la misión de colmar la vida y santidad a todo y a cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo, eclesial y eucarístico por una *representación sacramental*, a través del Pan y del Caliz del Señor bendecidos en la Eucaristía³⁶.

La Eucaristía es un nuevo Pentecostés³⁷. La Iglesia está fundada sobre la Eucaristía y sobre Pentecostés conjuntamente, afirma el teólogo ortodoxo Paul Evdokimov:

«El verbo y el Espíritu, las dos manos del Padre, son inseparables en su acción manifestativa del Padre y, a pesar de todo, distintos. El Espíritu no está subordinado al Hijo, no es función del Verbo, es el segundo Paráclito (...) Se ve en las dos economías del Hijo y del Espíritu la reciprocidad y el mutuo servicio, pero Pentecostés no es una simple consecuencia o continuación de la encarnación. Pentecostés tiene todo el valor en sí misma, es el segundo acto del Padre: el Padre envía al Hijo y ahora envía al Espíritu Santo. Cumplida su misión Cristo vuelve al Padre para que el Espíritu Santo descienda en Persona»³⁸.

32 Este aspecto tiene en la teología ortodoxa una importancia capital: «Il sacramento dell'eucaristia è il Santo dei Santi dell'ortodossia. Senza questo non solo la sua liturgia cade in un'azione magica e in un'espressione religiosa astratta, ma anche la vita e la diaconia ecclesiale perdono il loro centro e fine e diventano semplici fatti, limitati alla superficie umana e sociale o a la programazioni culturali e ideologiche». KARDAMAKIS, M., *Spirito e vita secondo l'ortodossia*. Vol I. Dalla grazia alla libertà, Edizioni Dehoniane, Roma 1997, 148.

33 *Dominum et vivificantem*, 62.

34 Cf. Ef 5, 25-26; *Lumen gentium*, 39.

35 RATZINGER, J., *Convocados en el camino de la Fe*, Cristiandad, Madrid 2004, 174.

36 Cf. 1 Cor 10, 16-17; 12, 13; LÓPEZ MARTÍN, J., La Eucaristía, Pentecostés permanente del Espíritu «que da la vida», *Estudios Trinitarios* 17 (1983), 328-329.

37 Cf. DALBESIO, A., Lo Spirito Santo e l'Eucaristia secondo il Nuovo Testamento, *Lateranum* 32 (1991), 167-220.

38 EVDOKIMOV, P., L'Esprit-Saint pensé par les Pères et vécu dans la liturgie, en AA.VV., *Le mystère de l'Esprit-Saint*, Du Cerf, Paris 1968, 86.

Todo en la Iglesia ha tomado cuerpo y realidad en Pentecostés. No quiere esto decir, que no exista continuidad respecto al carácter central que tiene el sacrificio de Cristo en la cruz para la redención humana, sino que en el orden progresivo de los acontecimientos de la salvación, la Iglesia pertenece a la economía trinitaria, completada por el término de la misión del Hijo Jesucristo y el comienzo de la misión santificadora y vivificante del Espíritu. Pentecostés está vinculado a la Pascua y no sólo porque Jesús va a enviar al Espíritu Santo desde el Padre (cf. Jn 15, 26) y el Padre lo envía en virtud de la oración del Hijo (cf. Jn 14, 16) y en su nombre (cf. Jn 14, 26), sino también porque forma parte de la glorificación de Jesús, es decir, de su retorno a la gloria que tenía desde el principio, antes de la creación del mundo (cf. Jn 17, 5. 24; 1, 1). De este modo concluye su obra de enviado de Dios, para dar paso a la misión del Espíritu Santo. Misión que tiene un carácter fundamental en el misterio de la muerte, resurrección y glorificación del Hijo celebrada en la Eucaristía en virtud del Espíritu:

«La eucaristía sigue la estructura de la economía de la salvación: fue necesario que el Espíritu Santo santificara, ungiera, condujera a Jesús, Verbo hecho carne... Fue necesario que el Espíritu *pneumatizara*, según la enseñanza de Pablo, Rom 1,4; 1 Cor 15, 45; 2 Cor 3, 17-18. En la comunión sacramental recibimos a este Cristo pascual, pero *pneumatizado* penetrado por el Espíritu»³⁹.

La Eucaristía es una venida misteriosa del Señor en medio de los suyos y por tanto, no puede celebrarse al margen del poder del Espíritu de Dios. Por ello, la relación Eucaristía-Espíritu, no es secundaria con respecto al efecto del sacramento en el corazón de los hombres:

«El Espíritu hace que lo divino —la presencia, la palabra, la realidad del misterio de Cristo— penetre en el tiempo y en el espacio, en la misma realidad humana de los ministros y de la asamblea celebrante; y permite también a la comunidad celebrante franquear el umbral del misterio con la plegaria y los gestos sacramentales. La celebración requiere, pues, la total transparencia y ósmosis con el Espíritu, la total verdad de las palabras, de los signos, de los sentimientos, dejando a su acción la necesaria suplencia de debilidades y límites humanos»⁴⁰.

La Eucaristía, en su realidad más profunda, es un acto del Señor Jesús y, por tanto, se sitúa necesariamente y de forma esencial entre los actos del Espíritu. Ella no puede existir sino como una realidad pneumática⁴¹, es decir, como epiclesis pneumatológica transformante tanto de las especies eucarísticas como de las personas (celebrante y fieles)⁴²:

39 CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1991, 695.

40 CASTELLANO, J., Espiritualidad de la celebración eucarística, *Phase* 36 (1996), 110.

41 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Bautizados en el Espíritu santo (Hch 1, 5)*. Retiros para sacerdotes, EDICE, Madrid 1997, 142-143.

42 En los documentos del Vaticano II, esta realidad no se ha tenido suficientemente en cuenta, esto responde a la tradición latina donde la función del Espíritu en la Eucaristía apenas está presente: la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, no hace referencia alguna a la relación de la Eucaristía con el Espíritu Santo. De igual forma hace *Lumen gentium* 50 y el decreto *Unitatis Reintegratio* 15. En cambio, sí hace alusión *Presbyterorum ordinis*, afirmando explícitamente y de manera notable, que el pan eucarístico es la carne del Señor «vivificada y vivificante por el Espíritu Santo».

«Es el momento de recordar el sentido del intercambio que tiene lugar entre el presidente de la celebración y la comunidad: «El Señor esté con vosotros-y con tu espíritu». Esto no significa solamente —y contigo—, sino: con la gracia que has recibido por la ordenación para la utilidad común y cuya actualización pedimos ahora, en esta celebración. De esta manera, se encontrarían unidos el «poder» recibido en la ordenación y la actualización del don del Espíritu, el celebrante ordenado y la comunidad o la ecclesia»⁴³.

El presbítero en cuanto ministro ordenado participa de la misión del Hijo y del Espíritu. En el ministerio para la presidencia de la Eucaristía es donde acontece la actualización sacramental de la acción sacerdotal de Cristo en la que, por el Espíritu se ofreció al Padre y se entregó a los hombres para que sean uno con Él⁴⁴. Esto supone una actitud de humildad en el celebrante, pues es instrumento y sacramento de Otro:

«Cuando puede decir —esto es mi Cuerpo—, personificando a Cristo e invocando al Espíritu, está haciendo lo más que puede hacer por su comunidad, está diciendo la palabra más eficaz de cuantas dice: está actualizando el misterio salvador de la Pascua de Cristo. No pone mucho de sí en la Eucaristía, aparte del comentario de la homilía. Más bien es signo y sacramento de Otro, que es el que actúa, es instrumento, se supone que buen conductor, de la actuación de Cristo y de su Espíritu. Recordar esto le hace a él más humilde y a la comunidad más atenta al misterio que está sucediendo que a los ritos y a las palabras, que por otra parte, deben ser bien expresivos del misterio»⁴⁵.

Cuando esta realidad teológica es llevada a la vida de los presbíteros, existe un cierto nivel, donde la integración pneumatológico-teológica con la realidad es difícil. Se asiste a una multitud de celebraciones que provocan cansancio y un cierto espíritu de decaimiento. A veces, la Eucaristía se preside de manera atropellada, con desgana, con un público ritualista... El ritmo es deficiente, los cantos poco pensados o inexistentes, las lecturas poco meditadas y poco preparadas con una adecuada exégesis y actualización doctrinal. Es una verdad asimilada a nivel teológico que en la celebración de la Eucaristía y los sacramentos el presbítero es el máximo símbolo de Cristo. Pero la densidad de la realidad nublan este misterio insondable.

La identificación con Cristo y el Espíritu lleva consigo una exigencia de verdad, lo contrario es una representación de mala calidad. Los sacramentos son gestos salvadores de Jesús mismo que se historizan en la comunidad por el Espíritu y donde el presbítero ofrece corporeidad para que se realice el gesto salvador, gesto transido de amor⁴⁶. La espiritualidad se hace contempla-

43 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 668.

44 El presbítero participa de la «unción y misión de Cristo (...) es servidor de la Iglesia misterio porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado»: *Pastores dabo vobis*, 16. El presbítero actúa como «ministro de Cristo sacerdote»: *Presbyterorum ordinis*, 5. El presbítero en la Eucaristía es donde ejerce «sobre todo» su oficio sagrado: *Lumen gentium*, 28.

45 ALDAZABAL, J., Aspectos celebrativo y litúrgico del sacerdocio, en AA.VV., *Ministerio sacerdotal y Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 209.

46 Como realidad pneumatológica, la Eucaristía es para el presbítero un misterio de amor que se convierte en ministerio de amor. Vida y Eucaristía es una unidad reflejo de la unidad de vida en el amor: cf. BALLESTERO, A.A., *Ministero d'amore. Il prete e l'Eucaristia*, ELLE DI CI, Leuman (Torino) 1994, 44-67.

ción cuando entra en el corazón de la liturgia. Experiencia difícil y que se siente imposibilitada, en muchas ocasiones, tanto por la fragilidad personal y la comunidad celebrante, como por las circunstancias socio-culturales circundantes.

La realidad teológica de que la Eucaristía se celebra en el Espíritu Santo tiene que traducirse en signos, no es sólo una teoría con imposibilidad de traducción en lo concreto, al contrario, la Eucaristía en el Espíritu tiene estos signos: el silencio contemplativo; la actitud de conversión personal y comunitaria; la lectura bien entendida y bien expresada de la Palabra de Dios; la alegría serena del canto como *sobria ebrietas*; la homilía, como palabra penetrada por la fuerza del Espíritu, que nos hace recordar a Jesús y lleva a los participantes a reconocer al Señor en su propia vida, para encontrar el camino de la alabanza al Padre y del mundo como lugar de servicio; las plegarias del los fieles que proceden del Espíritu que enseña a orar; la transparencia de los que en paz y sin hieratismos, abren su corazón a la presencia del Señor y se disponen a identificarse con Él, compartiendo el Pan de la Vida; la alegría de decir o cantar la oración que nos enseñó Jesús para alabar al Padre en un mismo Espíritu fraterno; la donación de la paz, como gesto que mueve a la reconciliación, a trabajar contra la injusticia y la guerra, a construir la fraternidad y el compartir el pan y los bienes de la tierra; la comunión con el Señor que nos da su vida divina en el Pan de la Vida y en el Cáliz de la Salvación... Encuentro, Presencia, Relación, Reconocimiento, Acción de gracias, Misión⁴⁷:

«El mismo Espíritu que ha reunido a la comunidad en un solo Cuerpo y en un solo Espíritu, la envía a la —diáspora— de la misión para testimoniar el verdadero amor del Padre, de manera preferente allí donde la dureza de la vida o el dolor y el mal del mundo impiden que los hombres pobres, oprimidos o marginados reconozcan a Dios como Padre que efectivamente les ama. La Eucaristía es entonces la fuerza espiritual que impulsa a manifestar en la tierra de una manera casi visible el designio del amor del Padre del cielo»⁴⁸.

La realidad pneumatológica transformante de la Eucaristía no es sólo sobre las especies, es también una realidad que por el don del Espíritu es para el presbítero. Es llamada a tener con Dios una relación «con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente». Relación que se pone en el nivel de los sentimientos, allí donde se decide el amor como un encuentro totalizante y global. Ahí es donde la Eucaristía se presenta con su más profunda realidad: el Hijo se entrega al Padre en la cruz para la salvación del mundo, pero también el Padre entrega al Hijo (cf. Rom 8, 32), lo más querido suyo, su Hijo único, el predilecto, su imagen, «resplandor de su gloria e imagen perfecta de su ser (cf. Heb 1, 3). Es el misterio pascual que en el Espíritu se realiza en plenitud. Es esa dinámica donde el Amor dice su palabra más exclusiva: *entrega*.

Lo que es el presbítero, lo que hace y lo que siente, caminan unidos en una imagen de Dios que es manifestación trinitaria para los hombres y para el mundo. Ya no vive el presbítero un «ritualismo» vacío, sino una realidad espiritual que tiene como algo intrínseco la entrega. Esa entrega cotidiana de aquello que se adueña de la persona, como son, la propia valoración de sí

47 Cf. ROVIRA BELLOSO, J. M^a., El Espíritu Santo, ámbito divino de la celebración eucarística, en AA.VV., *Credo in Spiritum Sanctus. Tai del Congreso Teologico Internazionale di Pneumatologia in occasione del 1600° aniversario del Concilio di Efeso, Roma, 22-26 marzo 1982*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1983, 1105-1106.

48 Ib. 1106.

mismo como tarjeta de crédito, o un título de honorabilidad por el cargo que ocupa, los propios méritos, o si la propia felicidad dependiera de los éxitos o fracasos. La entrega más global de los propios afectos, del tiempo, de la libertad, del proyecto de vida. Aquello que puede hacerse «hijo» en la propia vida, ha de ser ofrecido eucarísticamente.

La Eucaristía supone el gozo legítimo de dar a los demás lo que Dios ha dado para la comunidad y la entera vida de la Iglesia.

La entrega del Padre y del Hijo por el Espíritu en la Eucaristía es un gesto de amor, un gesto lleno de misterio, un gesto capaz de transformar ontológicamente al presbítero en aquello que celebra: la gratitud absoluta del amor.

Pneumatológicamente, el dinamismo ontológico del orden sacerdotal, se hace «extroversión» y así la vida espiritual abraza pensamientos, afectos, corporalidad; no hay nada de la vida real y cotidiana, por pequeña que sea, que quede fuera de su acción. El Espíritu Santo, con su lógica que inspira el amor entregado del Padre y del Hijo, invita, como a Moisés ante la zarza, a quitarse las sandalias, a despojarse de la lógica del «logos griego» para adentrarse en la lógica del amor, porque el «lugar que pisas» es terreno sagrado. La presencia de Dios lo inunda todo y en lo profundo del creyente presbítero, sólo queda una pregunta: ¿Quién está aquí? ¿Qué palabras dice a mi corazón pequeño? Es el Amor, relacionalidad absoluta, quien habla, quien une nexos de lo existente, quien une lo ontológico-sacramental con lo dinámico-existencial del ministerio. Es llamada a la santidad en lo pequeño y mediocre de la vida; en medio de las heridas y dificultades; en medio de los sufrimientos personales; en medio del fracaso y del éxito; en medio del pecado y la gracia:

«Es el Espíritu Santo creador quien levantará los elementos frágiles de este mundo hasta hacerlos transparencia pura de Aquel que es el centro de la vida de la nueva creación Cristo Glorioso»⁴⁹.

Como escribía Juan Pablo II: «la conciencia del don infunde y sostiene la confianza indestructible del sacerdote en las dificultades, en las tentaciones, en las debilidades con que puede encontrarse en el camino espiritual»⁵⁰. Así, la Eucaristía se convierte en un nuevo Pentecostés sobre personas y cosas, sobre la Iglesia y el Cosmos; es una Eucaristía sobre el mundo, toda celebración se abre a la universalidad y a lo concreto de la existencia:

(Es el Dios) «que por el sacrificio del Hijo, recapitula en él la humanidad, amando al hombre herido. El amor loco de Dios se consume a la vista del hombre, más aún, en manos del hombre pecador, en lo íntimo de su corazón. La persona, tocada de manera tan viva e inmediata por el amor, llega a dejar la mentalidad del hombre viejo a pensar como hombre nuevo, a entrar en la creatividad de una inteligencia de amor, que es libre»⁵¹.

Es la libertad que supone el amor. Desde esta experiencia *Pastores dabo vobis* propone una llamada a la santidad: Santidad en la vida real y concreta, santidad, vida espiritual que tiene que

49 ROVIRA BELLOSOS, *El Espíritu Santo*, 1100.

50 *Pastores dabo vobis*, 33.

51 RUPNIK, M. I., *Le abrazó y le besó*, PPC, Madrid 1997, 68-69.

estar marcada por la «exclusividad con Dios», es decir, por la llamada total e íntima del amor de Dios:

«La vocación sacerdotal es esencialmente una llamada a la santidad, que nace del sacramento del orden. La santidad es intimidad con Dios, es imitación de Cristo, pobre, casto y humilde; es amor sin reservas a las almas y entrega a su verdadero bien; es amor a la Iglesia, que es santa y nos quiere santos, porque ésta es la misión que Cristo le ha confiado»⁵².

La intimidad de Dios que se acerca al hombre, es la delicadeza del Espíritu Santo, Dios se acerca a la «intimidad más íntima» de la vida del presbítero entregándose a sí mismo en su Cuerpo y en su sangre. Eucaristía y don del Espíritu se unen en esa recreación constante en la gracia del sacramento del orden. El Espíritu Santo, asegura un acto creador, libre y libertador, donde el corazón queda abierto a la acción de la Trinidad y es capaz de amar como su imagen de amor:

«En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites»⁵³.

52 *Pastores dabo vobis*, 33.

53 *Ecclesia de Eucharistia*, 62.